

## DISCURSO DE INAUGURACION DEL CURSO “TEORIA POLITICA”

JUAN DE DIOS VIAL C. *Rector de la Pontificia Universidad Católica de Chile.*

Me es muy grato inaugurar este curso de Teoría Política, valioso no sólo por virtudes intrínsecas, sino también por su oportunidad y significación en la vida universitaria nacional.

La Ciencia Política comparte muchos de los problemas que aquejan a las ciencias contemporáneas en general. Estas se hallan aguijoneadas por la exigencia de verificación en los hechos, circunstancia que las monta, por así decirlo, sobre una doble vertiente: por un lado su validación en la praxis o en la técnica; y por otro la apertura de la realidad en su aspecto inteligible. La Universidad privilegia esta segunda dimensión, mientras que hay todo un mundo de la vida práctica en sus más variados aspectos, que se vuelca hacia la primera. Creo que esta consideración es relevante en un país como el nuestro, donde la tradición universitaria en Ciencia Política es muy débil y no ha logrado todavía configurar un estilo propio. Es notable ver cómo —en los últimos años— han surgido en el país numerosos centros de estudios político-sociales, algunos de gran mérito. Muchos de ellos se estructuran en torno a opciones prácticas definidas que no hacen deseable el pluralismo interno. Esta afirmación no involucra, desde luego, crítica ni menoscabo de esas iniciativas, sino que llama la atención sobre su carácter fundamental de animadoras intelectuales de una praxis política dada. El cultivo universitario de estas ciencias va por otro camino, y nos gustaría pensar que este curso se suma a muchos otros esfuerzos para explorar la ruta difícil —y entre nosotros, poco recorrida— del pluralismo.

Se suele invocar la carga valórica de las ciencias políticas como un obstáculo insuperable a una aproximación auténticamente plural. La idea que subyace a esta afirmación, de que hay otro grupo de ciencias —en el hecho, las ciencias naturales— que estarían libres de esa “contaminación” valórica, no es fácil de justificar. Hace ya un siglo que Nietzsche en un pasaje de clásica fuerza, mostró que toda ciencia tiene una base metafísica y moral, en cuanto supone la verdad y la exige. Si para Nietzsche esto era argumento para rechazar las ciencias, para los que las cultivan debe ser razón para recordar que —explícito o implícito— hay siempre un horizonte metafísico en ellas. Hubo un tiempo en que a las Ciencias Naturales se les pudo atribuir un carácter simplemente acumulativo y progresivo, en cierta forma autónomo respecto del conjunto de la cultura. No creo que hoy se pudiera pensar que los

paradigmas explicativos introducidos por Galileo, Newton, Schwann o Darwin hayan sido verdaderamente independientes de las opciones culturales más profundas de sus tiempos. Estas serán en ellos menos explícitas, pero no son menos efectivas que en la obra de Aristóteles, Maquiavelo, Vitoria o Marx. Precisamente las Ciencias Sociales y Humanas establecen como una invitación a explorar los supuestos filosóficos y valóricos de las ciencias en general.

Es indudable que toda aspiración a un cultivo de la ciencia en un ambiente plural, adquiere una connotación especial en una Universidad Católica, por cuanto ella está constitutivamente asentada en una doctrina. Quisiera hacer un par de comentarios sobre una perspectiva cristiana de los problemas que he esbozado.

Primero, la actividad científica no se desarrolla "in vacuo". Sus preguntas, sus hipótesis, sus modelos se desenvuelven dentro de un "horizonte de sentido" en cuyo círculo se sostienen y articulan. Nosotros creemos que la revelación enriquece ese horizonte para las Ciencias Políticas y Sociales al menos en cuanto establece la dignidad del hombre, y la funda en su relación a Dios. No es que la ciencia haya de ser deformada por la introducción de la fe, sino que el sentido mismo de sus interrogantes se verá aclarado. Pero no son sólo los contenidos de la ciencia los que resultan iluminados, sino que la misma actividad científica se hallará sostenida —entre todas las vicisitudes— por la fuerza alegre de la esperanza que le confiere a cada acto humano un valor de eternidad, y que le asegure a la humanidad —contra toda apariencia y contra todo temor— un destino de plenitud.

En segundo término, el pensamiento cristiano ha ido haciendo una valoración del pluralismo. Jacques Maritain decía que la época contemporánea es la de la "rehabilitación de la criatura". Aunque una mirada a las gigantescas empresas de opresión e indignidad que han marcado el siglo XX, podría hacernos dudar, no cabe discusión de que la conciencia de la dignidad —que no es lo mismo que el respeto por la dignidad— de cada hombre, ha cobrado particular vigencia. Hoy en día, la diversidad en las culturas, en las idiosincrasias, en las percepciones de la realidad, no aparece tanto como expresión de imperfección cuanto como manifestación de la multiforme riqueza de la creación de Dios. La humanidad se conoce a sí misma desde perspectivas diferentes, en cada una de las cuales descubre un aspecto distinto. Y en el inicio del proceso cognoscitivo que abre cada uno de esos caminos aparentemente tan diversos, hay una mirada del hombre sobre su propia condición, que no por parcial deja de ser certera, hasta el punto de que uno se sentiría tentado de darla como un caso de ese conocimiento por connaturalidad o simpatía que clásicamente se sitúa al lado del conocimiento conceptual. Creo que hay consideraciones epistemológicas surgidas del desarrollo contemporáneo de la ciencia en general, que abonan una aproximación plural. Pertenece al pasado la esperanza de las grandes síntesis que habían de comprender el conjunto de la realidad en una cosmovisión completa y coherente. Las explicaciones monistas de los segmentos de la realidad

no nos satisfacen tampoco y parece tan arbitrario postular un progreso indefinido como leer la historia humana en clave de conflicto. Lo que ocurre es que el sujeto que conoce —el hombre—, ha reingresado al espacio de lo conocido y ha quebrado su homogeneidad. El proceso se inició en Ciencias Naturales por el lado de la Mecánica Cuántica, y ha terminado por cuestionar las más caras aspiraciones del científico sobre la naturaleza, como la de la posibilidad de un conocimiento de la realidad que sea independiente del observador. La Ciencia, en la expresión de Max Weber, debería haber hecho el des-encantamiento del mundo (*die Entzänberung por Welt durch die Wissenschaft*), a lo que responde Berman que el impacto cultural de la ciencia contemporánea significa el re-encantamiento del mundo (*the reenchantment of the world*). Pero el reingreso del hombre significa la revalorización de las aproximaciones múltiples, la conciencia del valor de los contrastes.

Ojalá que este Curso sirva a la difícil empresa de lograr que nos escuchemos y que nos hagamos conscientes de la riqueza que guardan para nosotros los pensamientos contrapuestos al propio nuestro.